



Mateo y el Reloj de Arena de la Abuela Carmen

● Desde 6 años ⌚ 10 minutos en voz alta



Un cuento de Luna Lunera

El niño de las prisas



Mateo contaba los segundos para todo. Contaba los segundos que tardaba en desayunar, los que pasaban hasta que el semáforo se ponía en verde y los que faltaban para que terminase la clase de mates. Su reloj digital, ese aparatito negro de plástico que llevaba siempre en la muñeca izquierda, era su mejor amigo.

—¡Mamá, ya son las diez y cuarto! —protestó aquella mañana de sábado—. ¿Por qué no podemos ir al parque?

—Porque hoy te quedas con la abuela Carmen, ¿recuerdas?
—dijo su madre mientras le daba un beso en la frente.

Mateo arrugó la nariz. Quería mucho a su abuela, eso sí, pero con ella todo iba *lentísimo*. Tardaba un siglo en preparar el gazpacho. Otro siglo en regar las plantas. Y otro más en contar cualquier historia de cuando era pequeña.

—Con la abuela todo va a cámara lenta —refunfuñó, cruzándose de brazos.

Su padre se agachó para quedar a su altura y le dijo con una sonrisa:

—A lo mejor hoy descubres que ir despacio también tiene su gracia, ¿eh, campeón?

Mateo se encogió de hombros y entró en el patio arrastrando las sandalias.



El Patio de la Calma

El patio de la abuela Carmen era un pequeño paraíso escondido detrás de una puerta de madera vieja. Las paredes, blancas como la nata, sostenían hileras de macetas con geranios tan rojos que parecían pintados. En una esquina, un jazmín trepaba por una celosía de hierro y

perfumaba el aire con un olor dulce y fresco. En el centro, una fuente de piedra dejaba caer un hilo de agua que sonaba como una canción muy bajita.

—¡Buenos días, tesoro mío! —La abuela Carmen apareció secándose las manos en su delantal de lino, ese que tenía un bordado rojo en el bolsillo—. ¡Qué ganas tenía de verte! Ven, que hoy me vas a ayudar con las plantas.

—Vale, abuela, pero rápido, ¿eh? —dijo Mateo mirando su reloj—. A las doce echan mi programa favorito.

La abuela le tendió una regadera verde con una sonrisa tranquila.

—Rápido, rápido... Siempre tan rápido. Las plantas no entienden de prisas, cariño.

Mateo agarró la regadera y empezó a echar agua a chorros por todas las macetas. El agua salpicaba las baldosas de barro, rebotaba en las hojas y le mojaba las sandalias.

—¡Ya está! —anunció orgulloso al cabo de un minuto.



La abuela Carmen se acercó despacio a una maceta grande de geranios y se agachó con cuidado. Le hizo una seña con el dedo.

—Ven aquí. Mira esto.

—¿Qué pasa? —Mateo se asomó sin mucho interés.

—¿La ves? Ahí, junto a la hoja.

Mateo entrecerró los ojos. Una hormiguita diminuta cargaba sobre su espalda una miga de pan tres veces más grande que ella. Subía por el tallo con una calma asombrosa, sin parar, sin quejarse, paso a paso.

—Es solo una hormiga, abuela.

—Es una hormiga que no tiene reloj y, sin embargo, sabe perfectamente adónde va —contestó la abuela con un guiño.

Mateo se quedó un momento observando. La hormiga llegó hasta el borde de la maceta, trepó por una grieta del muro y desapareció en una rendija pequeñísima. Sin darse cuenta, Mateo llevaba más de un minuto sin mirar su reloj.

—Cuando yo era niña —dijo la abuela sentándose en el banco de azulejos—, no había relojes digitales ni televisiones. Nos levantábamos con el sol y nos acostábamos con las estrellas. Y os puedo asegurar que nunca nos aburríamos.

—¿Y qué hacíais? —preguntó Mateo, sentándose a su lado.

—Escuchar. Mirar. Oler. Vivir, cariño. Vivir sin prisas.

El Secreto del Tiempo



La abuela se levantó despacio, cruzó el patio y abrió un viejo arcón de madera que había junto a la puerta de la cocina. De dentro sacó un objeto que Mateo no había visto nunca en persona: un reloj de arena. Era pequeño, con un marco de madera oscura muy pulida, y dentro guardaba una arena fina y dorada como el azúcar moreno.

—¿Qué es eso? —preguntó Mateo acercándose.

—Esto, mi niño, es el reloj más sabio del mundo. No tiene pilas, no pita y no tiene botones. Solo tiene paciencia.

La abuela le dio la vuelta al reloj y la arena empezó a caer, granito a granito, de un lado al otro.

—Te propongo un juego —dijo con voz suave—. Mientras cae la arena, tú y yo vamos a estar calladitos. Solo escuchando. ¿Te atreves?

—¿Calladitos, sin hacer nada? —Mateo puso cara de espanto—. Eso es aburridísimo.

—¿Aburridísimo? Vamos a comprobarlo.



Se sentaron juntos en el banco. La abuela colocó el reloj de arena sobre sus rodillas y cerró los ojos. Mateo la miró de reojo, suspiró... y decidió intentarlo.

Al principio solo oía el silencio, que no era silencio de verdad. Primero llegó el sonido de la fuente: *chof, chof, chof*, como si alguien aplaudiera muy bajito dentro del agua. Después, un pájaro cantó desde algún tejado cercano.

Era un jilguero, le explicaría luego la abuela, con su gorjeo alegre y saltarín.

Mateo abrió un poco los ojos y vio cómo el sol hacía brillar las gotas de agua de la fuente como si fueran diamantes diminutos. Notó el olor de la tierra mojada de las macetas que acababa de regar, mezclado con el perfume del jazmín. Sintió la brisa tibia que le acariciaba los rizos.

Un gato anaranjado apareció de la nada, caminó por el borde del muro con elegancia de bailarín y se tumbó al sol, ronroneando.

Mateo sonrió sin darse cuenta.

Cuando el último granito de arena cayó al fondo del reloj, la abuela abrió los ojos.

—¿Y bien?

—He visto un gato. Y he oído un pájaro que cantaba muy bonito. Y el agua brilla, abuela, ¿lo sabías?

La abuela Carmen se rio, y su risa sonaba igual que la fuente.

—Claro que lo sabía, corazón. Pero esas cosas solo se ven cuando uno deja de correr.

Un tesoro sin pilas



Aquella tarde, Mateo y la abuela merendaron pan con aceite y tomate en el patio, y ella le contó historias de cuando iba al colegio montada en un burro y jugaba al escondite entre los olivos. Mateo escuchó cada palabra sin interrumpir, sin mirar el reloj, sin pensar en qué hora era.

Cuando empezó a oscurecer, la abuela le enseñó a sostener el reloj de arena con las dos manos.

—¿Sabes qué es lo mejor de este reloj? —le preguntó.

—¿Que no se queda sin batería?

—Eso también —se rio la abuela—. Pero lo mejor es que cada vez que le das la vuelta, te recuerda que el tiempo es un regalo. Y los regalos, Mateo, hay que disfrutarlos despacio.



Sonó el timbre. Sus padres habían llegado.

Mateo se levantó del banco, pero no salió corriendo como solía hacer. Caminó hasta su abuela, la abrazó con fuerza y le dijo al oído:

—Abuela, ha sido el sábado más largo de mi vida.

La abuela lo miró preocupada.

—¿Largo de aburrido?

—¡No! Largo de bueno. De los que quieres que no se acaben.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó su reloj digital y lo miró un momento. Luego, con mucho cuidado, lo guardó de nuevo.

—Abuela, ¿puedo venir el sábado que viene? Pero sin reloj.

La abuela Carmen le acarició los rizos con sus manos pequeñas y algo nudosas, esas manos que sabían regar geranios, hacer gazpacho y darle la vuelta a un reloj de arena.

—Siempre que quieras, mi niño. Aquí el tiempo siempre te espera.

Mateo salió del patio con una sonrisa enorme. Y por primera vez en mucho tiempo, no contó los pasos hasta el coche.



*La paciencia y el cariño de nuestros mayores
nos enseñan que las cosas más hermosas de la
vida se descubren cuando dejamos de correr.*



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org



Este cuento en la web